

te placera. Sabras que despues de poco tiempo que fui Dionisio vine á ser un rico de Siria llamado Epulon el rico, de cuyo desasosiego y trabajo te quiero ahora decir. Yo fue hijo de padres muy ricos; yo ansi por herencia, como por la gran contratacion sobrepijé en el poseer muy mayores tesoros que ellos, por lo qual fué muy estimado del pueblo y todos me deseaban servir; hacianme gran veneracion con gran reverencia; no habia noble que en estima se me pensase igualar; tenia grandes vajillas de plata, vasos de oro para me servir en el comer; hacian grandes convites y banquetes á mis amigos por hacer gran fama de mi; servianse con gran aparato de pajes muy graciosamente ataviados los manjares; en mucha copiosidad aquellos potages y salsas en perfeccion; asalariaba grandes cocineros examinados en su arte que supiesen gran diversidad de los guisados como para un rey; mientras comia tenia gran diversidad de música, de cantores é instrumentos que daban mucho deleite; bebia las aguas destiladas y cocidas y los vinos puestos a enfriar, muy acompañado de juglares y chocarreros que me daban a los convidados mucho placer. Despues de haber comido jugaba todo el dia grandes cantidades de moneda por me solazar; ataviabame muy suntuosamente; tenia muy poderosos cavallos; iba a caza de altoneria y de galgos; mas ¡ay de mi! que Dios sabe con qué ánimo hacia yo estas profanidades, que del alma me salia cada pequeña moneda que se gastaba, porque si me esforzaba á lo hacer era por los que á mi se allegaban por dar de mi buena fama, que escondido donde no me podian ver en mi casa con mis familiares y apaniguados esforzábame a pasar con un misero potaje de miserias lentejas y aunque en él no habia para todos poder comer, siempre andaba amarillo y pensativo como se me gastaba lo que con tanto trabajo habia adquirido yendo a las ferias de todo Egipto e Palestina y aun a las de Grecia por convenir con los tratantes y mercaderes y con los deudores a quien con grandes intereses y usuras yo prestaba mi moneda; venia por los caminos y por el mar aventurando mi persona y hacienda a los cosarios que me robasen y me quitasen la vida, sufriendo las crueles tempestades que cada hora me ponian en pe-

ligro de me perder; no osaba dar a ningun mendigo un solo cornado pensando de me venir empobrecer; pesábame con grandísimo dolor en pensar que con la muerte lo habia de dejar. Si préstamos ó tributos se habian de dar al Emperador yo habia de ser el primero; si guerra habia en la provincia ó que Roma las quisiese tener yo habia de ir allá y aun habia de llevar lanzas a mi costa y mension; en todo esto pasaba en el campo la misera vida que pasan los soldados y suelen pasar en el campo de la guerra. Temia siempre si mi hacienda que habia dejado soterrada pensando que si me la hallaban quedaria pobre y si moria sin que supiesen donde estaba pesábame pensar que se habia de perder. Pues venido a mi patria y no sin congoja y dolor, venida la noche, cuando todos estaban en silencio y quietud, levantabame yo y abria las huesas adonde tenia el tesoro enterrado y en una mesa comenzabalo a contar y mirandolo me pesaba porque lo poseia, pues en conservarlo me daba tanta congoja y dolor, y despues de vuelto a la tierra no podía dormir considerando si estaba seguro allí, si los cofres en que estaba la plata y aparador los podian hurtar; en viendo un raton ó una mosca luego saltaba de la cama pensando que ladrones me hurtaban y robaban; voceaba con gran priesa y espanto y levantada mi gente, decianme denuestos é injurias, que aun agora con ser gallo no los querria sufrir, llamabanme abariento rixoso miserable y que ellos mismos me robarian con enojo de mi misera abaricia, dezian que no querian serbirme y tenian mucha razon porque muchas noches los azia levantar cinco y seys veces que no los dexaba dormir: ¿Quién contaria agora, Micillo, por orden los sobresaltos, las malas comidas y bebidas que yo pasé? Hallarias de verdad que son los ricos verdaderos infelices sin algun descanso ni plazer, porque se les va la gloria y el descanso por otros albañares de asechanzas que no se parece, ladrillados por encima con lisonjas. E cuánto mejor duerme el pobre que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor de lo dejar. El amigo del pobre será berdadero y el del rico simulado y fingido, el pobre es amado por su persona y el rico por su azienda, nunca el rico oye verdad,

todos le dizen lisonjas y todos les maldizen en ausencia por la envidia que tienen a su posesion. Con gran dificultad allará en el mundo un rico que no confiese que le será mejor estar en su mediano estado e en esta pobreza, porque en la berdad las riquezas no hazen rico sino oqupado, no hazen Señor, sino mayordomo, y más son siervos de sus riquezas y ellas mismas les acarrear la muerte, quitan el plazer, borran las buenas costumbres; ninguna cosa es tan contraria del sosiego y buena bida quel guardar y arquerir tesoros y habellos de conservar. Gran trabajo es sobre todo ver el hombre veynte hyjos alrededor de si de continuo pregon a Dios que yo me aya de morir porque ellos se entreguen y hereden mi posesion. Pues sobre todos mis males te quiero contar los trabajos que pasé despues.

## CAPITULO X

*Que pone como fue casado con quatro mugeres y lo que le sucedió con la primera; cosa de notar.*

Yo fui casado con quatro mugeres mientras bibi, que si me oyes me maravillaré cómo no lloras como yo en acordarme de la mala vida que me dieron porque sepas que no hay dolor hasta en el casar; con quatro mugeres fue casado é con todas deseando tener paz mucha nunca me faltó guerra; la primera con quien me casé se llamaba Alcybia que por ser hija de Teodosio Rey, menos preciaba mis palabras y tenia en poco mis obras y aun los dioses saben las palabras que me dezia en secreto, mis criados saben cómo me trataba en publico y por que bia, que procedia su desacato de ser mejor que yo por ser hyja de Rey.

## CAPITULO XI

*Como fue casado la segunda vez y lo que pasó con la segunda mujer.*

Ya sabras que yo me casé la segunda vez con mujer que era mi yqual, que se llamaba Tribuña hyja de un Tribuno de Jerusalem y traxo a mi poder el mayor dote que hasta hoy se halla haver dado en estas partidas y

pensando que por ser yguales en personas nos acompañaria la paz jamás con ella me faltó guerra diziéndome que guardaba lo mio sin lo querer comunicar y que gastaba lo suyo en conbytes con mujeres públicas y desonestas haziendo desordenados gastos, dandome afrentas en lo publico y amenazas en lo secreto, de donde nos benia tan cierta la discordia quando más me era deseada la conformidad. Queriendome dar los dioses entera vengança en ella, dieronme en ella un hyjo que despues de sus dias que fueron brebes heredó los bienes de la madre por quya muerte sucedieron en mi; en biendo la desgracia que habia tenido en las dos veces que me habia casado, la vna por ser la mujer mejor que yo é la segunda por lo mucho que me dieron.

## CAPITULO XII

*Como se casó la tercera vez y lo que con ella le sucedio.*

GALLO. — Proqué de casarme la tercera vez con una que se llamó Laureola hyja de Aureo Consul que ni en generacion ni estado era mi yqual, salbo que era la más apuesta dama que en toda la probincia se halló, la qual tomé porque siendo pobre y no de tan buena parte no tenia causa de conquistarme como las pasadas. Quiero dezir, amigo Micillo, sy con las pasadas habia tenido trabajada bida, con aquella no me faltaron tragos de muerte, porque sintiendose tan soblimada en hermosura y a mi con sennales de vejez en la cara y con algunas canas y con algun desquydo della en la cama y sin dientes para comer, dezia cosas abominables contra su padre, porque siendo ella tan hermosa la habia casado con hombre tan feo, pudiendo enplearla en persona de mayor merescimiento y de menor edad con que ella pudiera mejor gozar su edad é hermosura; digote en verdad, Micillo amigo, que haziendome vna mannana de dormido le oí dezir estando en contemplacion: ¡oh! malandantes sean los dioses y todo esto que permiten y ordenan, pues ordenaron y permitieron que mi gentileza y hermosura se pusiese en poder deste monstruo, el qual piensa que con los bienes me paga y que con el buen tratamiento me con-

tenta y con las palabras me satisfaze. Sy supiera en quanto tengo sus riquezas y el caso que hago de su tratamiento y lo que estimo sus buenas palabras, no haria bida conmigo, é maldita sea la donzella que se casa con quien no conoce porque no se vea engannada y lastimada segun yo agora; pluguiera a los dioses que me traxeran agora no á poder de quien tanto duerme y de quien tan poco bela, bueno para lo que le cumple, malo para lo que le conbiene, diestro a las malicias, torpe en las buenas obras. Bien penso Areo Consul, mi padre, que en darme este marido me hazia gran bien y merced; bien parece que tubo mayor quydado de su provecho que dolor de mi daño. Si tubiera memoria de mi bien no me procurara tanto mal; penso que me casaba con él para tener descanso, yo pienso que jamas me faltará trabajo, porque quien duerme despues de haber dormido y no trabaja despues de haber holgado como este bestiglo hace ¿qué puedo esperar dél sino que él bibira con su desquydo y yo morire con mi quydado? a él se pasa en sueños la vida y a mi se me trasporta en trabajos el tiempo, maldita sea yo quando dixé de sy; ¿por qué no dixé de no? porque me matara un hombre bibo y no me diera vida un hombre muerto; aunque creo que la vida que me dara será tal como de las otras dos mugeres que ha tenido; pluguiese á los dioses que así como agora está se quedase y que nunca mas mis ojos le viesen despierto. Y quando vi, Micillo, que tan deshonestas cosas dezia hize que despertaba por no oyr otras peores en viendome despierto; lebantóse de apar de mí más enojada que contenta, diziendo que me levantase en hora mala que se me pasaba el tiempo en dormir, sobre lo qual benimos en tanta discordia que no descansé hasta que puse las manos en ella y de aquel enojo murio, de cuya muerte y no menos de la vida quedé con tal escarmiento que acordandome de aquella muger y no poniendo en olvido las otras propuse de hacer vida solo y no mal acompañado, y no queriendo olvidarme la rigurosa fortuna de contentarse con el mal pasado me dieron a Coridona por muger, con la qual por...

## CAPITULO XIII

*Como casó la quarta vez y lo que con esta muger le sucedio.*

GALLO.—Y así no queriendo olvidarme la rigurosa fortuna de contentarse con el mal pasado me dieron a Coridona por muger, con la qual por su buena fama casé, porque ni era hermosa ni fea, ni tan poco baxa de estado ni alta de generacion y antes pobre que rica, y si con ella casé no pienso, amigo Micillo, que lo causó el apetito de la voluntad ni aun el contento que me quedó de las mugeres pasadas, salvo por el deseo que tenia de haber hijos y tambien por la necesidad que tenia de la guarda de mis bienes y por otras causas que son legitimas para ello y tambien porque pensaba que no teniendo alguna cosa de las que las otras pasadas tenían no me daría la vida que las otras me daban, en especial siendo en todas sus operaciones la mejor y mas sana donzella que creo en el mundo se hallase; mas quiero que sepas, Micillo, que si me guerreó la primera por ser de mejor parte que yo y la segunda por ser el dote tan grande que me dio y la tercera por la gran hermosura que poseyó, que tambien me dio guerra Coridona porque muy buena se halló. La qual quando guerrear me queria me ponía delante el tratamiento que las otras mugeres pasadas me hazian, diciendome: ni vos me mereceys ni ellas fueron mis yguales, porque aunque en linaje la una me hizo ventaja y la otra en riquezas y la otra en hermosura, yo se la hago a ellas en ser muy mejor de mi persona y condicion que ninguna dellas, porque si la primera os trató con poca estima yo os trato con mucha, y si la segunda os pedia quenta en qué dispendiays sus bienes yo huelgo que dispendiays los vuestros; y si la tercera os agrabiaba con sobra de palabras yo os sirvo con sobra de buenas obras; de tal manera que apenas le hablaba con paciencia, quando luego me respondia con yra diciendome: peores afrentas que las pasadas mugeres habia menester yo que no della; que ellas me trataban como yo merecía; de donde venía que ella por mucho hablar, yo por poco sufrir le daba algunos castigos y venia en tanta diferencia con

## CAPITULO XIV

*Como de Epulon fue transformado en asno; cosa de notar y gran sentencia.*

ella y en tanta guerra y discordia que parecía que era más que no las pasadas, y aun digote, amigo, en verdad que fueron mayores las que tubimos despues que engendró un hijo, que quisimos mucho, y aun mucho, mas a menudo reñiamos que antes que lo hubiese; lo uno por el preñado; lo otro porque se tenía por muy buena no osaba hablarle lo que me combenia por no venir con ella en enojo; en fin ella se murio y si más me durara yo me enterrara vivo. porque no me aquerdo estar dia sin pasion ni noche sin renzilla, y yo quedé della tan hostigado que me parece que hace mas el hombre que sufre a la muy buena mujer que la mujer que sufre al mal varon; por que no hay ninguno por malo que sea que una vez en el dia no perdona la falta de su muger, ni ninguna muger por muy buena que sea que disimule ni enqubra la quiebra del baron; nunca vi cordura tan acertada como lo que hizo Udalio Gario en Jerusalem quando fue importunado por los tribunos que se casase con Palestina, que porque no veniese el casamiento en efecto puso fuego a todos sus bienes y pregutado porqué lo hizo responde que porque queria mas estar pobre y solo que no rico y mal acompañado, porque sabia que Palestina era mujer loca y presuntuosa; y otra cosa hizo Anteo en Grecia; que por no sufrir las airadas palabras de Hentria su mujer se subio a un gran monte y hizo sacreficio de si mismo quemandose en un gran fuego; Fulsio Catulo en Asia que era del linaje de los partos, viendose descontento con Mina su mujer por la mala vida que con ella tenia, se subio con ella a la mas alta torre de sus palacios y diciendo, nunca plega a los dioses que tú, Mina, des a otro ningun varon mala vida, ni a mí buena otra mujer; y acabadas estas palabras la lanzó de la torre abajo no quedando él encima. Mira bien, Micillo, qué felicidad tienen con sus riquezas los ricos y qué descanso con las mugeres que son casadas; mira si tien aqui qué desear.

MICILLO.—¡Oh! mi buen Pitágoras, cuan notables cosas has traído a mi noticia; por cierto a mí me parecen increíbles cuando son tan admirables. Mas dime agora, porque rescibo gran deleite [en] te oír, ¿que fueste de ti despues que fueste Epulon el rico?

GALLO.—Oyeme, mi buen Micillo, que yo te satisfare; sabras que como cumplí el espacio de mi vida en el qual había de dejar de ser Epulon, fue llevado a los infiernos a ser sentenciado de mis costumbres y despues que con gran compañía de ánimas me pasó en su barca Aqueron, fue presentado ante las Furias infernales Aletó y Tesifone y los jueces Minos y Pluton, los quales estaban asentados en un tribunal cercados de los acusadores y en siendo emprentado vi ante los ojos junto todo mi mal, que me parecio que otra vez pasaba por él; y como le vi rescebí muy entrañable dolor, tan grande que tuviera por bien dejar de ser; despues que Minos me hubo desaminado mandó que me leyesen la sentencia conforme a su ley é levantóse un viejo calvo de gran autoridad é abriendo un libro dijo así: ley teneis ¡oh dioses! conforme a la qual el mismo se puede condenar; pues oid; el viejo en alta voz leyo así: porque los ricos en el mundo mientras viven cometen nefandísimos pecados, robos, usuras, latrocinios, fuerzas, teniendo a los pobres en menoscipio, es determinado por toda nuestra infernal congregación que sus cuerpos padezcan penas entre los condenados y sus ánimas vuelvan al mundo a informar cuerpos de asnos, hasta que conforme a sus obras sea nuestra voluntad. Y como fuese leida esta ley, mandó Minos que fuese asno diez años y luego lo aprobo toda la congregacion y aulló Proserpina y ladró muy fieramente el can Cerbero, porque se requería esta solenidad porque fuese alguna cosa firme y enviolabre en el infierno, y como nó pude suplicar fue sacado de allí y en esta oportunidad ofreciose en Egitó estar de parto una burra de un geciano, y como vino a parir yo me vine a ser el asno primero que nació, y desde que yo me vi metido en cuerpo tan vil pense rebentar de enojo; mas como vi que era escusada mi pasion pues traía poco provecho el mucho me doler, aunque por una parte pense dejarme morir de hambre y no mamar pensandome

escapar de la cruel sentencia, mas desde que consideré que era inviolable ley y ya estaba determinado en el senado infernal y como vi que aquel egicio era rico que me podia bien mantener determiné de sufrir con paciencia mi malhadada suerte, pensando que podia venir a manos de otro en el mundo que no me tratase tan bien, y más que como mi amo me veía pequeño y bonito y el primero y que con grandes aullidos me apartaba de la madre y no queria mamar, entre tres hermanos míos se condolia de mi y me traía con gran piedad a las tetas y puestas a la boca me las apretaba y aunque yo no queria me hacia mamar por fuerza.

MICILLO.—¡ Oh! donosa transformacion de rey y filósofo en asno; ¿y no rescibias en ello enojo? porque me huelgo en te lo oír.

GALLO.—Ansi como acaesce deleitarse el hombre recontando entre sí aquello que en tiempos pasados con prospero estado le acaesció y se regocija en lo contar de nuevo mill veces a sus amigos, representándoles qualquiera particularidad notable que en ello se ofreciere, ansi sin ninguna comparacion apasionan más las adversidades traídas a la memoria, enojan considerar de mucho qualquiera miseria y fatiga que cada cual pasó; mas yo tengo por bien padecer qualquiera dolor que de contarte mis trabajos se me puede seguir, por te complacer. Y ahora, Micillo, sabrás que como fue convalesciendo en edad con gran regalo como el egicio me criaba, esforceme a sufrir mi miseria aunque conociese mi dolor, y mientras fue pequeño no tengo cosa que de contarte sea, porque con la niñez todos los animales pasan el mal sin sufrir. Inviábame con [mis] hermanos al prado y despues que de mamar y pascen las yerbas tiernas estábamos hartos, armabamos batallas por aquellos campos deleitosos; corriamos con grandes relinchos y saltos; ansi veniamos a juntar con los pechos é boca, peleabamos sin nos herir y despues con mucho placer volviamos á escaramuzar é íbamos a las viñas y mieses; con gran sabor hartabamos nuestros estomagos a nuestro querer, y si los viñadores o misigeros nos prendaban, nuestro amo sin pasion alguna nos rescataba. Por nos ver borricos, que la edad nos citaba al trabajo, comenzonos el egicio á dar paja y cebada porque nos pusiese el manjar fuerzas y ya

yo iba a llevar la comida al campo a los gañanes y la cebada y trigo a la sembrada y aun llevaba á mi amo sobre mi á requerir el ganado y labranzas, y en fin que fue ya grande para llevar cualquiera carga, ofrecio...

#### CAPITULO XV

*Como su amo siendo asno lo vendio a los recueros y lo que le sucedio.*

GALLO.—Ofrecieronse unos recueros que llevaban a una feria aceite y miel y como me vieron bueno y gordo dieron a mi amo lo que por mi les fue pedido, y comprado, porque entonces no había carga para mí, fue vacío hasta la feria, que era unas veinte millas de ahí; y como me pusieron en el camino pasé adelante de todos y comence a caminar apriesa, y como mis amos me vieron contentaronse de mí y yo porque no me adelantase mucho acosaron los otros asnos de manera que tanto quanto yo andaba sin carga, con fuertes palos les hacian caminar a ellos; iban muy airados mis compañeros de mí porque les fatigaban a mi causa, y cada uno que me alcanzaba me morría con grande enojo, y como no tenian remedio alguno para su trabajo esforzabanse a padecer haciendo conjuracion que llegados al lugar yo se lo pagaría. Y como continuando nuestro camino llegamos a donde habiamos de parar en la feria, echandonos a la caballeriza, y todos descargados unos se volcaron por estregar el sudor y otros tenían ojo a la comida para vengarse de mí; y en fin, despues que nuestros amos hubieron puesto a recado su hacienda, comenzaron echar a cada uno su paja é cebada, é desde que a todos dejaron contentos en su pesebre y á mi tambien mi pesebre, fueronse a cenar, é luego juntos todos los otros asnos se vienen a mi pesebre y mordiéndome y acoceándome quitaron dél, y yo queriendome ir á los suyos volvian con gran furia y no me consentian llegar, á tanto que me fué nescesario salirme fuera de la caballeriza, y como había gana de comer acordeme que por la puerta de aquella ciudad por donde entramos había visto unos huertos frescos con muy buenas berzas verdes, y corrí y fue acertar por las calles allá, y

como llegué a los huertos, desbordando los valladares y defensas que tenían hechas y entrando, comi a medida de mi estómago y satisfacion, y en lo mas sabroso de mi comer sale un egicio renegando con un gran varal y dame en estas espaldas y cabeza tantos de palos que no podia menearme y derrocado en el suelo daba en mí sin tener piedad de mi miseria. Estando el egicio e yo en esta contienda, que me parecia que no podia escapar de allí vivo ni se diera por mi vida un maravedi, llegan los recueros que ya me andaban a buscar, porque cuando yo sali no me vieron, que estaban comiendo, y pagan el daño hecho en el huerto, y sin hacer cuenta de los palos que hasta entonces me había dado aquel malaventurado egicio, me dieron otros tantos para me levantarme de allí, asiéndome unos de la cola y otros de la cabeza, pensando que estaba beodo de algun beleño que hubiese comido. Me levantaron a poder de palos y aun por el camino me daban tantos y daguijones que aguijase; llegados al meson metieronme en el establo donde hallé a mis compañeros muy ufanos, y no contentos de concierto se tornan a mi dandome muchas coces y muesos, y con el trabajo pasado y con este yo me eché en el suelo; y no contentos con lo pasado no hacian sino pasar por cima de mí, paresciendoles que estaban contentos por haberse vengado de mí; y yo me quedé en el suelo por descansar; del dolor del cuerpo y de la cabeza no pude dormir; pues venida, la mañana volvieron nuestros amos a nos echar de comer; estaban tan enojados los otros asnos, que no contentos no me dejaron llegar al peseble, y yo por no encurrir en otra como la pasada tuve paciencia y callé y quedé sin comer hasta el medio dia que ya desenojados tuvieron por bien de me dejar é comí é maté mi hambre, é como duró la feria ese dia é otro convalescí en salud algo, y como los recueros vendieras su mercaderia compraron cargas iguales de trigo para todos, y cargados volvimonos para su tierra y aun como no fuese bien sano y con la carga no pudiese andar tanto como mis compañeros, allí viérades la gran priesa que de continuo hacian de varearme con muchos aguijones para que anduviese como los otros, é yendo el camino pasé hasta que fuemos llegado. La

vida de aquellos recueros desventurados era a mi parescer la mas misera y la mas trabajada de los hombres, porque nunca hacian sino caminar por sierras y valles y desiertos, por llanos y por pedriscos, ellos á pie, nosotros cargados, con tempestades, pluvias y siestas, sin alguna piedad de sí ni de nosotros, con muy gran fatiga y ningun descanso; nunca gozan de sus casas y mujeres é hacienda, ni sosiego de un momento, mas continuo trabajo y afan, como verdaderos esclavos alquilados por vil dinero é mandados por su señor; su continuo mantinimiento es una pobre fruta ajo é cebolla y pan de perros, y si alguna vez se desmandaban á comer algun miserable tasajo en alguna venta, danselo guisado que yo siendo asno no lo querría ver y aquello tienen por bueno y sano. Acaescio que venimos en un arroyo y en un turbio cenagal donde caidas las cargas reniegan como perros y maldicen su ventura; teniamos yo y mis compañeros metidos los brazos y pies en el lodo hasta las espaldas y el agua que nos cubría; ¡oh miseria de nuestro vivir! qué trabajo era vernos sin remedio de nuestra salud! que mientras más fuerza poniamos para levantarnos más se nos somian los pies en el lodo hasta más no poder entrar ya la agua que nos cubria por cima; ¡oh miseria de nuestro vivir! ¡qué trabajo era vernos sin remedio de poder escapar con las vidas! En fin, como pudieron desliaron el trigo y atollando en el lodo hasta la cintura lo sacaron á la orilla, no les pesando tanto por nosotros como porque perdian el interés y trabajo pasado; buscaron unas mulas de carreta unidas en uno, echaron unas sogas, por medio del cuerpo nos ataban y ansi las mulas nos sacaban arrastrando del charco. Ansi, escapados desta tempestuosa fragosidad, fuemos con todo trabajo hasta sus casas, adonde llegados salen unas brutas amazonas que tenían por mujeres y puestas las cargas en tierra y nos dan de comer. Estábamos tan fatigados que ninguno curó de comer ni llegar al peseble, sino arrojarnos en aquel establo por descansar; y como las mujeres supieron la fortuna acontecida, rasgabanse con las uñas el rostro y traian los hijos porque llorasen con ellas. Despues que por algunos dias hubieron llorado su dolor, como vieron perdido el trigo acordaron de

remediar con vender algunos de nosotros para tornar a tratar, y para esto nos trujeron a una ciudad que estaba en los confines de Grecia, adonde se hacía una feria.

## CAPITULO XVI

*Cuenta como los arrieros lo vendieron a un húngaro y lo que allí le sucedió.*

GALLO.—Y llegados que fuemos aquella feria, allí se ofreció un hombre natural de la isla de Rodas, que era mercader de bestias, y este nos compró a mi y a otros dos compañeros míos y luego nos pasó en su patria, y acaso se ofreció un húngaro que tenía necesidad de mi para ir a su tierra y como me hubo comprado dispuso de me llevar a su tierra. Este era un misero labrador del campo é venido en un pequeño lugar de donde era natural, descansamos por algunos días del trabajo pasado é despues hizome ir á la labranza; junto con otro asno que tenía me hacía arar todo el día y si tenía alguna pereza dabame muy grandes palos en los costados, metíame un agujon por las ancas que me hacía saltar con ánimo, y yo cansado con su furia y gran trabajo que me daba, ya posponía mi salud y me determinaba aborrido a consentir que me matase, y era que como él no quisiese perder el interés molíame a palos y con esto se satisfacía. Tenía otra bellaquería, que si le acontecía alguno quererme ver andar, agora por su placer, ora por me querer comprar, sobía el vellaco del húngaro sobre mí en pelo sin albarda, porque yo aguijase lanzábame un clavo ó un agujon por el lomo y por la espalda y cruz, que me hacía salir el alma; era tan grande mi pasión que por muchas veces me quise echar en un río y ahogarme allí, antes que no servir a un tan mal hombre; un día acaescio que quiso ir a sembrar cuatro millas de ahí y cargóme muy bien de trigo y sacóme delante de sí, y caminando hacía muy gran agua y lodos en tanta manera que él no pudiendo andar subió encima del costal de trigo y comenzome a herir, é yo como le vi pertinaz en su mala costumbre dispúseme a andar lo más que pude, y él se descuidó y comenzose a dormir y quando yo le sentí dormido comienzo a correr por una

sierra abajo, pedregosa y llena de picarros, a tanto que derroqué al húngaro y dio con la cabeza en una piedra, que se descalabró y no pudo tan bien escapar de mí que al tiempo que le sentí caído le di un par de pernadas en aquellas espaldas, de lo cual yo quedé muy contento; y despues echo de mí el costal de trigo y aun quiebro la cincha de la albarda y déjola allí y rozando y saltando me vuelvo para casa, pensando haberme bien vengado de aquel ladrón; y él corriendo sangre fué tras de mí por el campo y como no me alcanzó volvióse al trigo y acordó de lo llevar acuestas hasta la sembrada, porque estaba una milla de allí; yo fueme a un prado é dime a placer; y el húngaro desde que hubo hecho su labor tomó la albarda acuestas é fuese a su casa é iba por los lodos cansado renegando, y llegando preguntó á su mujer por mí; y como ella no me había visto fueron al establo y halláronme echado, y toma el marido un palo grueso é descansó por dos veces en mis costados, que me dejó por muerto, diciendo que determinadamente me quería matar, y estaba tan enojado de mí que si no fuera por su mujer que se lo estorbó, ciertamente me matara. Tuvo Dios por bien que saliese de sus manos, aunque bien castigado, dende a pocos días.

## CAPITULO XVII

*Como el húngaro lo vendió a los soldados y lo que le acaescio con ellos.*

GALLO.—Dende a pocos días suscedio que unos dos mancebos se determinaron de ir en Alemania que al presente estaba en diferencia de guerra y disencion con las señorías de Italia y querían ir a tomar sueldo para defender la parcialidad que mejor lo pagase.

MICILLO.—¡Oh! várame Dios, que donoso interés para ir a pelear; parece verdaderamente a los letrados que en Corte del Rey toman sueldo é salarios de señores obligándose a los defender cualesquiera pleitos que se le ofrezcan, aunque sean sin justicia ni razón.

GALLO.—Mas lo mismo es, porque se obligan de vejar con todas cautelas a las par-

tes contrarias que les pidan ante cualquier juez.

MICILLO.—¡Oh! poderoso Dios, qué seguridad de ánimas; pues di, Pitágoras, ¿pues qué te acaescio?

GALLO.—Estos mancebos me compraron para llevar su fato y dispuestos para se partir cargaronme todas sus ropas y fardaje, y por sobrecarga echaronme encima una mujer que sacaron de con su marido para que en el real ganase para ayuda de sus juegos y glotonería, y como asno lo hube de sufrir. ¡Oh! Dios inmortal, qué vida tan trabajada y quién lo hubiese de contar lo que pasaban y por el camino los robos, los hurtos, los desafueros que hacían a los venteros y caminantes, las sinrazones que hacían a los labradores, las blasfemias y reniegos, los adulterios, los sacrilegios, ¿quién te lo hubiese de decir? en un año no te acabaría de contar todas sus maldades y todo lo que hacían; enseñaban a la pobre mujer que levaban, cómo se había de haber con los hombres que se la ofreciesen en conversacion, cómo los había de atraer así y cómo los había de robar y despues de despojados cómo se había de descabullir dellos; inventaban ellos entre sí nuevas maneras de fieros para blasfemar y espantar hombres; en conclusion, ellos se iban emponiendo en todo género de maldad y bellaquería. Llegados al ducado de Sajonia fueles necesario de me vender.

## CAPITULO XVIII

*Como los soldados lo vendieron a unos alemanes que iban á Roma y lo que cuenta por el camino; cosa de notar.*

GALLO.—Puesto por obra de me vender por alguna necesidad me compraron unos alemanes que a título de peregrinacion iban a un negocio á Roma y yo pense de nuevo resucitar cuando me vi escapado de las manos de tan mala gente porque me temía mucho que por su maldad había Dios de permitir en nosotros algun mal acaescimiento. En fin, con la ayuda de Dios comenzamos nuestro viaje, y más que tenía yo mucho deseo de ir a Italia porque despues que yo fue Pitágoras no había vuelto por allá y por ver las novedades que de allá

contaban todos los que de allá venían, y iba muy contento porque ya había cristianidad y residía un Pontifice de toda la monarquía en la ciudad de Roma y todas las cosas de la gobernacion y templos y sacrificios eran mudados. Pues una mañana, ya que comenzaba a salir el sol, íbamos por una deleitosa floresta de muy hermosas huertas de fresca arboleda; iban por allí mis dos buenos amos a veces contando, de la manera que habían de tener en su negociacion en llegando a Roma, cómo habían de verse con el Papa en la expedicion de las bulas; hablaban de un Cardenal que tenía el cargo de los despachos; decían no sé que, el uno que llamaban abreviador; en cuanto yo pude colegir de la calidad del negocio alcancé que era una dispensacion para que se pudiesen casar dos grandes señores de aquella tierra, que no lo podían hacer por ser parientes dentro en el cuarto grado; concertaban entre sí que llegados a Roma y presentada su aplicacion ante los oficiales del papa no le habían de decir la calidad de las personas, si no solamente los nombres.

MICILLO.—Dime, Gallo, ¿porque se fengían y trataban así?

GALLO.—No se declaraban del todo ellos, mas según yo conosci de sus pláticas, creo que fue porque si dijeren al Papa ó a los oficiales ó aquellas personas con quien habían de dispensar que eran señores de mucha calidad y valor, les llevarían mas cantidad de maravedís por la dispensación, á tanto que decían que si salían con su propósito sin ser descubiertos que no les haría de costa más de cien ducados y que si supiesen la verdad de la calidad de las personas les costaría más de seis mill ducados.

MICILLO.—¡Oh! nefandísimo género de simonia, que en las cosas de la Iglesia que va tanto interés a nuestra salud no haya otra mayor dificultad para las alcanzar si no es añadir dinero.

GALLO.—Despues que hubieron bien concertado su negocio vinieron de plática en plática a tratar de la gran suma de dinero que se consumía en Roma; hablaban de las riquezas que tenía el Papa, de las posesiones de los Cardenales y de los tesoros que había entre los obispos y oficiales que trataban este género de contratacion.